

NOTAS

In Memoriam

Jaime Torres Bodet, Salvador Novo, Rosario Castellanos

Tres escritores mexicanos de primera fila, tres figuras de relieve internacional, han desaparecido en los últimos meses, en el curso de 1974. Las letras hispanoamericanas están de luto. Cada una de estas figuras deja obra valiosa y perdurable. Torres Bodet se quitó la vida, tras larga e incurable enfermedad. Salvador Novo murió de muerte natural. Rosario Castellanos pereció en un absurdo accidente, electrocutada en su embajada en Israel.

De los tres era quizá Jaime Torres Bodet el más versátil, y también, probablemente, el más conocido en los medios internacionales. Fue a la vez hombre de letras y hombre de acción: acción cívica, política, dedicada a la cultura de su país y a un esfuerzo, poco común, que lo llevó a crear puentes de entendimiento entre culturas diversas. Torres Bodet ha sido poeta, crítico-de literatura y de arte-, cuentista, novelista, ensayista, periodista, hombre público: ocupó altos cargos durante buena parte de su vida, fue orador sobrio y convincente, administrador sin tacha, promotor de vastos programas culturales, tanto en México, como Secretario de Educación Pública, como desde su puesto en París como director general de la UNESCO. Existen numerosos ejemplos de la influencia "silenciadora" de los altos cargos: el escritor se sitúa en un puesto de mando y deja de escribir. No ocurrió así con Torres Bodet: fue desde el principio de su vida hasta el final hombre de letras: su compromiso era con la cultura, no con la burocracia; nunca tuvo México un alto funcionario tan perfecta y hondamente humanista; con Torres Bodet cabe comparar a Justo Sierra y Agustín Yáñez, sus iguales en devoción a la cultura y a la administración pública.

Torres Bodet nació en la ciudad de México en 1902. Su padre era empresario y hombre de negocios. Su madre, Emilia Bodet, era de ascendencia francesa. Hijo único, sintió toda su vida una gran devoción por su madre, que supo despertar en él el gusto literario y el amor a la lectura. Su educación secundaria la llevó a cabo en la Escuela Nacional Preparatoria durante uno de los períodos más agitados de la historia de México. Madero, Huerta, Zapata y Villa eran parte de la realidad cotidiana. En la Preparatoria hizo amigos que más tarde iban a colaborar con él en la revista *Contemporáneos*, de primordial importancia para las letras mexicanas. En aquellos años violentos escribió su primer libro de poemas, *Fervor*, que mereció un prólogo lúcido y entusiasta de Enrique González Martínez. En 1918 decidió estudiar Leyes, pero a los dos años abandonó la carrera. En la Universidad fue el mejor alumno del gran filósofo Antonio Caso, y se convirtió en miembro destacado del "Ateneo de la Juventud". A través de este grupo se puso en contacto con las grandes corrientes literarias de nuestro siglo.

Su precoz talento se abrió paso rápidamente. En 1920 era secretario de la Escuela Nacional Preparatoria y profesor de literatura. En 1921, secretario particular de José Vasconcelos, entonces rector de la Universidad. En 1922, jefe del Departamento de Bibliotecas. En 1924 ocupó la cátedra de literatura francesa en la Escuela Nacional de Altos Estudios. Su lema, entonces y siempre, fue la democratización de la cultura. Doble personalidad: el hombre público ponía la cultura al servicio del pueblo; el poeta seguía escribiendo poesía intensa, exquisita, minoritaria. Entre 1922 y 1928 aparecieron siete libros de versos y una antología. Además escribió su primera novela, *Margarita de niebla*, y un volumen de ensayos literarios titulado *Contemporáneos. Notas de crítica*. Y, junto a su labor poética, el ensayo y la promoción de la cultura desde los puestos de mando: junto con Vasconcelos, enseñó a leer y a pensar a toda una generación.

Como poeta, Torres Bodet parte del modernismo--un modernismo simplificado y depurado por la canción y la poesía del pueblo--y tiende hacia la poesía pura y el surrealismo: la evolución que separa sus poemas sencillos de *Canciones*, de 1922, y *Destierro*, de 1930, ya casi surrealista, es típica de dichos cambios, y nos revela que a través de su poesía, tan sensible al momento histórico, es toda una época la que se define. Su labor en la revista *Contemporáneos* (1928-1932) es de gran importancia. Al lado de Ortiz de Montellano, Carlos Pellicer, Alfonso Reyes, y otros más--entre los cuales el inolvidable y gran poeta Xavier Villaurrutia, y el no menos gran poeta José Gorostiza--explica y define las corrientes contemporáneas, vanguardistas, por sus notas, selección de textos, traducciones y labor editorial: México se incorpora plenamente a las letras occidentales gracias a este grupo de entusiastas y abnegados "héroes de la cultura".

Como crítico, quizá lo mejor de Torres Bodet se encuentra en sus páginas sobre literatura mexicana (en el libro *Contemporáneos. Notas de crítica*, ya citado; y en *Perspectiva de la literatura mexicana actual*, de 1928), y en su estudio sobre Balzac (México, Fondo de Cultura Económica, 1961.) En *Tres inventores de realidad* (México, Imprenta Universitaria, 1955) relaciona lúcidamente a Stendhal, Dostoyevski y Galdós. En innumerables ensayos y artículos trata temas de literatura contemporánea. Hay más: en *Tiempo de arena* (México, F. de C. E., 1955) deja testimonio de su vida en una emocionante, lírica, autobiografía. Como poeta, creo, sus mejores libros--sobrios, contenidos, precisos en su intensidad lírica--son *Fronteras* (F. de C. E., 1954) y *Sin Tregua* (F. de C. E., 1957).

El sentido de la obra de Salvador Novo--el ambiente, el estilo, la intención--es bien diverso de lo que nos ha dejado Torres Bodet. Diverso, pero no menos valioso. Si Torres Bodet tiende a la seriedad, a una especie de clasicismo moderado y moderno, Novo es la explosión, la pirota, la vanguardia hecha poesía. Novo, Pellicer, Gilberto Owen y Xavier Villaurrutia constituyen lo mejor de la vanguardia en México. Y quizá el más atrevido de los cuatro es Novo. De él ha escrito Octavio Paz: "No es arbitrario pensar en Catulo al hablar de Novo: el erotismo eléctrico, la pasión y el asco, la desesperación lúcida (el casi-cinismo, la casi-piedad), la navaja de la inteligencia (para herir y para herirse), la precocidad y la procacidad, el

dandismo y el sentimentalismo, la facilidad y la felicidad de la escritura--una obra breve y una larga resonancia. En diez años Novo recorre y agota todas las direcciones de la poesía moderna. Incansable, después escribe artículos, piezas de teatro, ensayos, sonetos, y de vez en cuando regresa de la retórica a la poesía. Pero el arco que va de *XX Poemas* a *Never ever* se despliega sobre un territorio magnético que no ha perdido ninguno de sus poderes de imantación. Cada aventura es una experiencia de rara intensidad y aún más rara autenticidad. Su obra es variada, no dispersa. La unidad está en la unión de dos intensidades: la de su sensibilidad y la del instante. No instantes de poesía: poesía instantánea." (En *Poesía en movimiento*, p. 15).

Novo nace en la ciudad de México--esa ciudad que tan bien conoció, en la que vivió casi toda su vida, y de la que fue, hacia el final de su vida, el cronista oficial--en 1904. Fundó con Xavier Villaurrutia la revista *Ulises* (1927-1928). Colaboró muy activamente en la revista *Contemporáneos* en la que publicó brillantes ensayos y crónicas de la vida mexicana: "Return ticket", "Continente vacío", etc. Su ingenio era proverbial: chistes, frases agudas, epigramas, versos satíricos (algunos de los cuales no se han publicado y dudo que puedan publicarse durante algún tiempo). Burlas, sátiras, ironía: tantos ácidos corrosivos con los que Novo, y sus compañeros de generación y de revistas, tratan de superar el sentimiento modernista (y lo consiguen). No bastaba con torcerle el cuello al cisne: había que neutralizarlo cubriéndolo de una espesa capa de ironía, y, finalmente, desplumarlo.

Novo ha sido gran aficionado a las letras inglesas. Ha publicado algunas excelentes traducciones de poemas ingleses y norteamericanos. Su espíritu inquieto lo empujaba por múltiples caminos: el teatro, el periodismo, la televisión. Llevó a cabo una valiosa labor de divulgación literaria a través de antologías y libros de lectura. Al llegar la madurez no tuvo más remedio que hacer algunas concesiones al éxito y la fama: se convirtió en Académico de la Lengua, y, como he señalado más arriba, en cronista de la ciudad de México, algo así como el historiador y poeta oficial de la ciudad. De los años de la presidencia de Miguel Alemán--que favoreció a Novo y le dio varios cargos públicos--salen las páginas, tan audaces y divertidas, de la *Nueva grandeza mexicana*, que viene a duplicar--en forma moderna, casi publicitaria--los versos y las sensaciones de la vieja descripción de Balbuena: es la ciudad moderna de México, con sus restaurantes y sus rascacielos, la que aparece ante los ojos irónicos pero carifosos del poeta.

Además de buen conocedor de la ciudad de México, Novo conocía muy bien el Norte del país, ya que pasó buena parte de su infancia en Torreón, donde cursó su educación primaria y secundaria, regresando a la capital en 1917, cuando ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria en el bachillerato de Leyes.

En el mundo teatral su obra de mayor impacto ha sido, quizá, su corrosiva *Culta dama*, sátira despiadada de la nueva burguesía semi-culta (o mejor dicho bastante inculta) pero con pretensiones, y también *A ocho columnas*, obra sobre el periodismo y la política, puestas ambas--y dirigidas por el propio Novo--en el hermoso Teatro de la Capilla, propiedad de Novo. En el periodismo, su famosa columna diaria "Side car" fue de las más leídas en las décadas de los cuarentas y los cincuentas, y sus

“Cartas”, publicadas semanalmente primero por la revista *Mañana* y después por la revista *Hoy*, se consideran justamente como ejemplos del mejor y más ágil periodismo moderno. Son una crónica de los tiempos, de los incidentes de la vida ciudadana, del desarrollo urbano de la capital.

Después de ocupar con éxito durante varios años el puesto de jefe del Departamento de Teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes, Novo se convirtió en uno de los más cotizados directores teatrales: era frecuente el caso de que, en una sola semana, las carteleras teatrales anunciaban hasta cuatro y cinco obras encomendadas a su cuidado.

Pero el hecho indudable es que Novo será recordado, ante todo, como poeta. El surrealismo--visión delirante y escritura automática--penetra con el Novo de “Never ever” en las letras mexicanas. Sus libros (*XX Poemas* , 1925 ; *Espejo*, 1933, *Nuevo amor*, 1933; *Poesías escogidas*, 1938; *Dueño mío*, 1944; *Florido laude*, 1945; *Poesía*, 1955 y 1961) tocan todo el teclado lírico, de lo sublime a lo irónico, de lo abstracto al incidente concreto. En ellos la vanguardia triunfa. Sin estos libros de Novo (y sin el clima que crearon él y sus amigos, en especial Villaurrutia y Pellicer, desde la revista *Contemporáneos* y con sus otros escritos) lo que sigue (es decir, entre muchos otros, Paz, Rulfo, Fuentes) habría sido imposible, o muy diferente a lo que es. Novo murió el 13 de enero de 1974. Dos meses más tarde se suicidaba--de un disparo en la boca--Jaime Torres Bodet. Rosario Castellanos murió electrocutada, al cambiar de lugar una lámpara, en vísperas de volar a Cali para una conferencia de novelistas, el 13 de agosto de 1974.

Confieso que la muerte de Rosario Castellanos es la que más me ha entristecido, quizá porque la conocí en forma más personal y directa. Para mí Torres Bodet era una voz noble, grave, pastosa, de barítono sabio, desde su tribuna de la UNESCO (en la época en que yo era intérprete y traductor de la UNESCO en París) y Novo una conversación (más bien monólogo) brillante, en un rincón de una vasta sala, en una fiesta poblada de elegantes desconocidos. A Rosario la traté más: nacimos el mismo año, 1925, fuimos a la misma Facultad de Filosofía y Letras en Mascarones, tuvimos amigos comunes (Dolores Castro, y el filósofo Ricardo Guerra, con quien Rosario se casó, para divorciarse después, no sé si antes o después de ocupar el cargo de Embajadora de México en Israel.) Rosario lo tenía todo: sensibilidad, inteligencia, sentido del humor, belleza física, una cultura poco común y exenta de toda pedantería. Todo, menos buena suerte, como ha venido a demostrar su absurda muerte, y el hecho de que uno de los grandes temas de su poesía sea el desamparo que sigue a la pérdida de un amor.

Lo suyo, naturalmente, la poesía; pero trabajó también, con éxito poco común, en otros géneros literarios, especialmente la novela y el periodismo. Sus novelas *Balún Canán* y *Oficio de tinieblas* figuran entre las buenas novelas mexicanas de estos últimos años. Sentido del misterio, de lo primitivo--es el México todavía algo salvaje de Chiapas y Tabasco el que aparece en ellas--, que no excluye la penetración psicológica, la creación de personajes válidos. Estas novelas, si no me equivoco, han sido traducidas al inglés y al francés. En cuanto al periodismo, conseguía hacer

amenos los temas morales más arduos (la defensa de los derechos de la mujer, de los pobres y los oprimidos) o bien daba un tono reflexivo, siempre inteligente, a los pequeños hechos de la vida cotidiana: baste decir que el día en que aparecía su columna en *Excelsior* era lo primero que leíamos (bueno, lo primero después de ver el "cartón" de Abel Quezada.)

El lenguaje poético de Rosario Castellanos es como un río noble y lento, de aguas profundas, irisadas a veces. Se remansa en sentencias, en reflexiones morales, para encrespase un poco más allá cuando la pasión o el dolor rompen la superficie. Poesía grave y seria, que sin embargo nos reserva a veces sorpresas verbales, cambios de dirección, remolinos del pensamiento y de la emoción. Desde *Trayectoria del polvo* (1948) hasta *Lúvida luz* (1960), su obra se enriquece: parte de lo personal, pero la angustia se ensancha hasta dar cabida al dolor de los demás. Poesía solitaria y solidaria a la vez. Su mejor libro, quizá: *Al pie de la letra* (1959). *De la vigilia estéril* (1950), *Presentación en el templo*, *El rescate del mundo* (1952), *Apuntes para una declaración de fe* (1953) son etapas importantes de esta poesía. Rosario Castellanos desaparece cuando le faltaba todavía mucho por decir. Su muerte es, por ello, más triste, más de lamentar que la de escritores que habían llegado ya a la plenitud de su obra y nos habían dicho, probablemente, todo lo que querían expresar. Y sin embargo deja--como Torres Bodet, como Novo--obra que durará. Los tres escritores que han desaparecido son ya parte de nuestra cultura, de un modo u otro no podremos--no querremos--dejar de escuchar estas tres voces: son ya, y para siempre, parte de nuestro mundo.

